Iglesia Joven de la Univ. Adventista de San Pablo
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

I Trimestre de 2008
"El discipulado"

Lección 11
(8 al 15 de Marzo de 2008)

Más lecciones en el discipulado

Denis Konrado Fehlauer

Hace algún tiempo atrás había una publicidad que decía: "No alcanza con ser padre, hay que participar". La frase pegó y mucha gente pasó a repetirla en diferentes situaciones. En la primera parte de la lección de esta semana podríamos utilizarla como recurso y decir: "No alcanza con ser discípulo". Es necesario conocer al Maestro, prestar atención a lo que nos dice e intentar conocer el significado de sus instrucciones y actos.

Los discípulos del Maestro no tenían certeza de que Cristo se interesara realmente en ellos. Era un hombre poderoso, aunque ese hecho no significa mucho cuando ese poder no es utilizado de la manera en que nos gustaría. Así, cuando la tempestad amenazó a aquella gente llevada al límite de la desesperación, le vomitaron aquello que pensaban en lo más íntimo de su ser: "¡Maestro! –gritaron– ¿No te importa que nos ahoguemos?" (Marcos 4:38, NVI).

La presencia de Cristo no era garantía de que todo sería de paz y prosperidad. Pero al enfrentar dificultades, ellos podrían contar con Él, aún cuando estuviera ocurriendo lo peor. Percibir y aceptar esta realidad no era muy fácil para ellos. Ni tampoco a veces lo es para nosotros. Tenemos que recordar a José. Dios estaba guiando su vida. Pero cuando él pensó que las cosas estaban mejorando, fue acusado injustamente por la esposa de su patrón y pasó algunos años en prisión.

Así, cuando Jesús multiplicó los panes y los peces, las personas creyeron que si Él estaba en el poder, todo sería diferente. Sus necesidades inmediatas eran tan importantes a sus propios ojos que habrían podido comprender lo que Cristo quería enseñarles. La decepción que se produjo en ellos cuando Él rechazó ser rey fue grande. Tendrían que pasar algunos años más bajo el yugo romano. Cuando Cristo se apareció caminando sobre el agua se quedaron pasmados. Al final, no entendieron la naturaleza de Él, mucho menos su propuesta de un nuevo reino. Asustados, decían ver en Él al Hijo de Dios, pero no comprendían lo que eso significaba. Hoy, al igual que ellos, proclamamos el poder de Dios en el púlpito, y fuera de él. Tal vez el problema no sea el creer que Él tiene poder, sino sentirnos seguros aún cuando ese poder no esté disponible de la manera en *cómo* y *para qué* nos gustaría que fuera. Y eso no es fácil de aceptar. Especialmente cuando somos amenazados por las dificultades de la vida.

En rigor de verdad, la única manera de solucionar este dilema es pasar más tiempo leyendo y meditando en el significado de los actos de Dios en la Historia. Así, tendremos

una oportunidad de halar paz y serenidad aún en la tempestad, porque, al ver los ejemplos del pasado, podremos desarrollar la fe en el hecho de que Él está al absoluto control de nuestra vida.

Por ello, si las cosas no te van demasiado bien, y tú requieras una prueba de parte de Dios para continuar creyendo, estarás transitando la misma senda que los fariseos. Ellos tenían al alcance de la mano los libros del Antiguo Testamento. Estos escritos revelaban lo suficiente como para que reconocieran en Cristo al Mesías prometido. Basta recordar que los magos de oriente que lo habían visitado en el momento de su nacimiento supieron identificar al Niño del pesebre como el “Maestro Divino”. Para eso utilizaron los mismos escritos que estaban a disposición de los fariseos. “La luz de Dios está siempre resplandeciendo aun en medio de las tinieblas del paganismo. Mientras estos magos estudiaban los cielos tachonados de estrellas, y trataban de escudriñar el oculto misterio de sus brillantes derroteros, contemplaban la gloria del Creador. Buscando un conocimiento más claro, se dirigieron a las Escrituras hebreas. En su propia tierra, se conservaban escritos proféticos que predecían la llegada de un maestro divino. […] Pero en el Antiguo Testamento, el advenimiento del Salvador se revelaba más claramente. Con gozo supieron los magos que su venida se acercaba, y que todo el mundo iba a quedar lleno del conocimiento de la gloria de Jehová” [*El Deseado de todas las gentes*, p. 41]. De este modo entendemos que la levadura, esto es, las tradiciones, invenciones e interpretaciones privadas, tomaron cuenta de la mente de los fariseos, imposibilitando que percibieran lo que las Escrituras revelaban. Y así nunca se convirtieron en discípulos de Cristo.

Hoy nosotros no sólo tenemos la Biblia, sino también los escritos de Elena de White. Nuestro desafío no es únicamente entrar en contacto con la revelación, sino aprovechar las oportunidades que Dios nos da para que desarrollemos confianza en el amor de Dios. Los discípulos tenían miedo de los eventos sobrenaturales con los que convivían. Temían un futuro diferente al de aquél con el que soñaban. Nosotros, “sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (Romanos 8:28). Sin embargo, percibimos que en el devenir de la historia sagrada, de vez en cuando Dios permite que sus hijos experimenten dificultades. En el caso de Juan, el Bautista, Santiago (Hechos 12:1, 2) y del propio Cristo –sólo para citar algunos ejemplos– la muerte fue su destino. Puede ser que eso nos incomode del mismo modo en que perturbó a los discípulos. Percibir el amor de Dios en acontecimientos tan desastrosos no es nada fácil. Pero, si no logramos hacerlo, si tenemos miedo de lo que Él podrá permitir en nuestra vida, eso es una fuerte señal de que, tal como los discípulos, todavía no tenemos certeza de que Él nos ame verdaderamente.

¿Quién sabe? Quizá el mejor testimonio que podamos dar sea el permanecer en paz en medio de la tempestad; permanecer fiel, aún cuando las circunstancias puedan incluso disculparnos del pecado o el devolver el mal como bien. No es nada fácil ser esa clase de persona. Pero, tal vez una vida transformada sea el único argumento capaz de derribar las posturas seguras de los ateos más acérrimos. Piensa en eso.

Denis Konrado Fehlauer
Traducción: *Rolando D. Chuquimia*
© RECURSOS ESCUELA SABATICA